



Movimientos sociales

Tras las cifras del secuestro

Por: Vladimir Caraballo¹



www.elespectador.com

El pasado mes de abril estuvo marcado por una serie de enfrentamientos entre sectores de Gobierno, FARC, organizaciones no gubernamentales y víctimas de secuestro acerca de las cifras reales de secuestrados en poder de los grupos armados. La intención de este artículo es, por un lado, enmarcar estas disputas en el encadenamiento de eventos anteriores relacionados con el secuestro; y, por otro, mostrar cómo éstos han venido consolidando un espacio discursivo en disputa, disponible para la construcción de identidades políticas en el país, en medio del cual se juegan acciones como las recientemente desplegadas por colectivos como “colombianas y colombianos por la paz”.

La Disputa por la Información

Al lado del anuncio de la entrega del cuerpo del Mayor Julián Guevara y de la renuncia a las exigencias de Pradera y Florida como zona de despeje, las FARC aseguraron, hace cerca de un mes, tener en su poder a 9 secuestrados con fines económicos por haber incumplido con lo exigido por la ley 002². Al lado de ello, tras un silencio hermético de varios meses dedicado a la depuración de la información, Fondelibertad (del Ministerio de Defensa

Nacional) emitió un informe oficial en el que asegura que de los 2.800 casos reportados, cerca de 1.173 no estaban secuestrados (personas que ya están en libertad, fallecieron o son realmente víctimas de otros delitos), y que en otros 1.502 no hay información suficiente para catalogarlos. Tras la depuración de 2.675 casos, se concluyó que el total de cautivos se reduce a 125, de las cuales 66 están en poder de las FARC (21 de los cuales serían canjeables).

La reacción de País Libre ante las afirmaciones de unos y otros no se ha hecho esperar, y ha sido muy concreta. Uno: no es claro cómo, con acceso a los mismos datos en las dos instituciones, el total de cautivos en poder del ELN pasó de 240 hasta el 2008 a sólo 10 en tan sólo 1 año. Dos, no es claro tampoco, dicen, qué tiempo cubre la verificación de datos, cuáles fueron los criterios para excluir casos sobre los que la organización tiene pruebas y, tres, por qué un proceso de verificación tan delicado y que en otros momentos ha contado con el trabajo mancomunado entre País Libre y Fondelibertad, se hace ahora “a puerta cerrada”. La organización ha defendido la necesidad de cualificar la información, niega tanto las cifras oficiales como las que califica de descaradas de parte de las FARC, y sostiene que según los datos que compartían con Fondelibertad, desde 1996 hasta diciembre de 2008, las FARC tenían en su poder a 713 cautivos de los cuales 452 obedecían a secuestro extorsivo.

Pues bien. El proceso social por el que se ha llegado a este tipo de disputas obedece a la concatenación de eventos que desde hace unos años vienen posicionado el tema del secuestro como un motivo de conflicto y reivindicación pública. Tanto la frustración colectiva originada en los fracasos de los diálogos Pastrana – FARC y la percepción de las pescas milagrosas como signo de un “secuestro que puede tocarle a cualquiera”, como los recientes golpes militares a las guerrillas y las masivas movilizaciones en rechazo a las FARC y al secuestro, han venido constituyendo un particular marco político y cultural en el que estos conflictos por la definición del número de secuestrados adquieren sentido, y que hace que, en otro momento o en otros países, no haya ocurrido lo mismo³.

Tanto las frases que aparecían en la prensa hace 1 año con motivo de las marchas del 4 de febrero, como las que se escuchan ahora acerca del trabajo del colectivo “colombianas y colombianos por la paz”, nos hablan de la consolidación de ese particular espacio discursivo. Por un lado, la convocatoria y balances sobre las marchas de hace 1 año estuvieron llenos de frases claramente dirigidas a orientar la construcción de las categorías de comprensión del espacio político: “se trata de gente joven que no obedece a consignas de partidos políticos, por lo que su iniciativa es una genuina manifestación del sentir de un grupo de colombianos rasos, que viven, sufren y entienden el país sin los lentes interesados y sesgados de los que leen la realidad colombiana en clave partidista (de partido político) e ideologizada⁴”.

Por otro, las declaraciones del presidente Álvaro Uribe acerca del trabajo del colectivo encabezado por Piedad Córdoba nos hablan también de un discurso que guarda continuidad con esos fenómenos anteriores: “No vamos a permitir ahora que nos engañen. La guerrilla tratando de desorientar produce sangre, pero habla de paz. No vamos a permitir eso, compatriotas. No vamos a permitir ahora que el ‘bloque intelectual de las Farc’ [colombian@s por la paz] nos

desorientado con un discurso de paz que finalmente fortalezca el terrorismo. Nos toca dar esa batalla en todo el país⁵ .

Lo que pretendo mostrar a grosso modo es la necesidad de comprender que las recientes disputas por la información deben ser entendidas en el marco de un escenario discursivo cuya consolidación lleva gestándose desde hace varios años. Algunas preguntas se desprenden de este panorama: ¿En qué radica la importancia de la consolidación de este escenario discursivo particular? ¿Qué tipo de escenario discursivo es éste? ¿Cuáles son sus características?

El Secuestro y las Identidades Políticas



Lo que quiero es mostrar que las frases citadas arriba, entre muchas otras disponibles en infinidad de espacios, nos hablan de la consolidación de un régimen de verdad particular en el que el uso de la información y el lenguaje de las cifras es herramienta de legitimación fundamental, y en el que lo que se pone en juego es tanto la legitimidad de unos u otros actores como la de determinados criterios de comprensión del conflicto⁶ .

La concatenación de eventos que guardan continuidad y explican el contexto actual de la lucha por la información sobre secuestro ha activado cambios particulares en la forma como diversos sectores de la sociedad leen el escenario político actual. Como se ve en las frases pronunciadas hace unos meses por el presidente Uribe, que aludían indirectamente a colombian@s por la paz, se han venido activando radicales fronteras entre un particular nosotros y un ellos. a partir de la utilización de explícitos repertorios emocionales (la insistencia literal en el sufrimiento de los secuestrados, el llanto de sus familiares, la indignación y el sentir colectivo, el engaño). Se ha construido además un tipo de sustento cognitivo que interpreta de determinada manera la historia del país y del conflicto armado (“un llamado a las FARC para que liberen a los secuestrados y le devuelvan a Colombia la paz de otrora⁷”, “No estamos en el paraíso. Esa culebra todavía sigue viva⁸”, la pérdida de los ideales políticos de la guerrilla, la solidaridad como deber moral de una sociedad, etc.). Y se ha magnificado el avance en un capital organizativo derivado de estos procesos de movilización social (“Colombia soy yo” y “un millón de voces contra las FARC”, por ejemplo).

A lo que se ha venido dando pie es, entonces, a un particular espacio discursivo de definición de identidades políticas. Sin querer decir que sea éste un fenómeno original en la historia de Colombia, sí ha sido claro que la articulación de estos elementos ha encontrado cimientos en las experiencias políticas de importantes sectores de la sociedad colombiana, para quienes ahora definir su posición frente al mundo a partir de este repertorio (en el que, de nuevo, el manejo de la información ha cumplido un papel principal), se ha vuelto un asunto de la vida cotidiana (discusiones en las calles, bares, en las familias, etc.). ¿Quién no se ha enterado en los últimos meses de la apropiación cotidiana de estos repertorios por parte de diversos sectores sociales, que en muchas ocasiones han derivado en enfrentamientos violentos?

Las preguntas que he querido plantear como fondo de los conflictos por la definición del número de secuestrados están dirigidas entonces a elucidar los procesos sociales a través de los cuales este escenario discursivo se ha vuelto disponible para la definición de identidades políticas en sectores que, en otros momentos, veían el secuestro, o el conflicto armado en general, como espacios ajenos a sus vidas: ¿Qué dinámicas han llevado a que en Colombia el fenómeno del secuestro haya dado pie a la configuración de un espacio discursivo del nivel del que hemos venido hablando, y más aún, con la capacidad de definir de manera tan cotidiana las formas en que gran parte de la población comprende el mundo político? ¿Qué mecanismos se han activado en Colombia para que ser víctima del secuestro sea experimentado en términos de indignación y rechazo público, y no de vergüenza, intimidación y silencio como en otros países? ¿Qué papel concreto ha cumplido el manejo de la información en la definición de este espacio discursivo? Dichas preguntas requieren de un análisis mucho más profundo, y espero sean útiles como herramientas de trabajo para desarrollos posteriores y para la comprensión del escenario político actual.

Bibliografía

Asamblea permanente de la sociedad civil por la paz.

<http://www.asambleaporlapaz.com/>

Bolívar, Ingrid. (2006). Discursos emocionales y experiencias de la política. Las FARC y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998 – 2005).

Bogotá: Ediciones Uniandes

Colombianas y colombianos por la paz. <http://www.colombianosporlapaz.com/>

Mc Adam, Doug; Tarrow, Sidney y Tilly, Charles (2005). Dinámica de la contienda política. Barcelona:

Pax Christi (2008). El secuestro es un negocio explosivo:

<http://www.ikvpaxchristi.nl/files/Documenten/LA%20Colombia/Spaans%20Colombia/Esp%20brochure.pdf>

Sarmiento, Fernando y Delgado, Juan David (2008).

“Derechos humanos y movilización por la paz en Colombia” en Varios autores Defender y proteger la vida. La acción de los defensores de derechos Humanos en Colombia. Bogotá: Antropos

Tilly, Charles (2007). Violencia colectiva. Barcelona

¹Sociólogo - Investigador CINEP

² La disposición guerrillera establece que las personas jurídicas o naturales con un patrimonio superior al millón de dólares están obligadas a pagar a la organización un "impuesto" del 10 por ciento y que, de no hacerlo, serán "retenidas" y su liberación dependerá del pago que se determine.

³ Me refiero aquí a dos fenómenos: por un lado, algunas conclusiones del informe de la ONG internacional Pax Christi acerca del secuestro en el mundo, según las cuales en otros lugares que habían hecho parte del estudio, a excepción de Colombia, haber sido víctima de secuestro era asumido con tal nivel de vergüenza y privacidad que era imposible pensarlo como motivo de reivindicación colectiva y pública; y por otro, las cifras de Datapaz que muestran que desde 1998 el secuestro se ha perfilado como uno de los motivos principales de la movilización por la paz en el país.

⁴ El Mundo, febrero 3 de 2008. Pág. A-2 (los resaltados en negrilla son míos)

⁵ Palabras de Álvaro Uribe en consejo comunal en Villavicencio tras liberaciones de febrero de este año: <http://www.semana.com/noticias-politica/uribe-critica-llama-bloque-intelectual-farc/120565.aspx>.

⁶ Acerca del proceso de oficialización del discurso en la movilización por la paz y los derechos humanos en Colombia, véase: Sarmiento, Fernando y Delgado, Juan David (2008).

⁷ El colombiano, febrero 10 de 2008. Pág. 4-A. Los resaltados son míos

⁸ <http://www.semana.com/noticias-politica/uribe-critica-llama-bloque-intelectual-farc/120565.aspx>